

Don Fabián



Luko Hilje Q.

(Como homenaje póstumo, estas palabras, escritas en 1988.)

Escritor de raigambre criolla, las letras de don Fabián Dobles están colmadas del aroma y los sentimientos de la patria. Pero de primero está el hombre, el campesino, costarricense y universal a la vez, siempre explotado. Su literatura es congruente con su pensamiento y su acción revolucionarias; pues desde joven militó en el comunismo costarricense.

Cuando elegimos entrevistarlo para nuestro libro «Los viejos y los árboles» (aún inédito), fue por la ubicuidad de la naturaleza en su obra. Desconocíamos los orígenes de ello, hasta que nos contó de su padre, antaño reconocido como un médico rural ejemplar. En el periplo al lado suyo y de la familia, por Villa Quesada, Atenas y Turrialba, sus ojos y su alma se llenaron de amor por nuestra gente y paisajes. Eso explica que, aparte del ser humano, los principales elementos de su obra son "...árboles y agua, agua y árboles, lluvia y lluvia...".

Fue sencillo llegar a él. Una llamada telefónica, contestada con afabilidad, nos permitió concertar una cita en su casa, allá en Santa Cecilia de San Isidro de Heredia, donde un portón anuncia la finca El sitio de las abras. Ahí, rodeados de tapavientos de cipreses y tróenos, de aguacates, naranjos y veraneras, viven don Fabián y doña Cecilia. Su casa es de cemento, pero pintada de blanco y azul brillante, como las vetustas casonas de adobe y bajareque aún presentes en varios cantones heredianos; casa austera y bella, con espaciosos corredores de cuyos horcones cuelgan calabazas, plátanos y panales.

Ahí lo hallamos, claro y auténtico. Los múltiples surcos de su fino rostro parecen esculpidos por la gubia de una vida apacible y tempestuosa a la vez, que sumados a su bigote y cabello canos, revelan en él a un hombre terrenal, profundamente humano. Un hombre añejado con gusto por setenta años de recorrer el terruño, en su geografía de montañas, ríos y vegetación desbordante, y en el alma de un pueblo al que conoce desde su misma entraña y al que, como revolucionario consecuente, ha dedicado sus mejores días. Sensible y humilde, modesto en su indumentaria, con ternura y disposición de abuelo cálido empieza su casi interminable plática acerca de la naturaleza y su conservación, repleta de anécdotas y pringada con el humor socarrón de nuestro campesino taimado.

No sé cómo sucedió, pero don Fabián, por algún arte de prestidigitación o magia se nos convirtió de pronto en ese viejo locuaz y ocurrente llamado Tata Mundo. Ese que alguna vez nos enseñó a amar aun más a nuestros labradores rústicos y a nuestra tierra de soles indomables y lluvias torrenciales. Y, puesto que durante esta mañana "la lluvia

Viene pág. 20
Don Fabián...

sigue siendo como en los viejos tiempos, nutrida y terca", no nos abandona, salvo muy brevemente.

Quizás ella adivina que ahí, bajo el techo de esa acogedora casa de campo, se oficia un rito de comunión a través de la tertulia. Sí, y sobre todo de esas tertulias que con gran sensibilidad de hombre y escritor, en un hermoso y desprendido tributo a la naturaleza y a los seres humanos, don Fabián ha llevado hasta el papel, ganándose así el corazón de aquellos que verdaderamente amamos la vida.